

LA HERENCIA DEL NOBEL

Por Raúl GUERRA GARRIDO

La rastrojera en donde tuve que aparcar no ofrecía el menor consuelo. El agua del radiador hervía, la chapa quemaba al menor contacto, el coche era un horno, Lomapelada era un horno. Trepé por los escalones labrados en la tierra. El calor me derretía las ideas. Estaba llegando a la cima, me concentré, era un Premio Nobel, el único que teníamos vivo y su muerte desde luego era noticia, máxime cuando a su ciencia unía la leyenda de cierta locura. A don Carlos le habían dado el Nobel por algo de plantas, no lo sabía bien, pero ya lo averiguaría. Llegué a la cumbre. Más que una casa parecía una cabaña. Estaba limpia, cuidada y tenía el consuelo de una parra alrededor de la fachada. Enjugándome el sudor de la calva progresiva acudí a la sombra, bajo las uvas aún verdes.

—Hace un calor de muerte.

—Este sol mata, no lo dude—contestó un joven barbudo.

La casa tenía el extraño desorden metódico que nos figuramos en los científicos. Una pizarra, gráficos, mapas geológicos, tiestos, esquejes, abonos, huevos de distintos tamaños y colores, aparatos de laboratorio y libros, libros por todos lados.

Me sorprendió el ver a tanta gente. Curioseaban. Parecían vecinos, paisanos, ninguno tenía pinta de intelectual,

más bien de campesinos. A lo mejor el de la barba era periodista. Curioseaban con gran respeto, sin descolocar nada, como si se tratara de reliquias sagradas. Yo hice lo mismo.

En una alacena, junto a las tazas, vi la medalla de oro. Premio Nobel. Destacaba la imagen del dinamitero inventor del premio sobre el montón de diplomas arrugados, con múltiples huellas redondas de las tazas. Impresionaba la falta de protocolo; para serenarme acaricié la superficie metálica con el índice extendido. Hice una serie de fotos. Luego escogí una persona al azar, el de la zamarra de cuero.

—¿Conocía a don Carlos?

—Toma, ¿y quién no? Era un sabio, mire qué casa.

—¿Es verdad que estaba loco?

—Puede que sí, puede que no. Era un sabio.

—¿Qué tipo de locura?

—Pues entre chalado pacífico y temeroso. Siempre estaba que si le mataban. Un día en el campo se empeñó en que los grillos le decían: a-se-si-no, a-se-si-no, y quiá, cantaban y nada más. Creía que los bichejos querían vengarse de él. Cosas de sabio, ¿sabe?

... la vertiente de la loma, contrastaba con el paisaje..., la vegetación parecía un himno a la vida. Era un cultivo de plantas silvestres, una reserva... un pequeño paraíso.



—Ya, como una cabra.

El joven de la barba se me echó encima, me cogió de un brazo y me arrastró al porche de atrás. Habló extendiendo el brazo hacia el horizonte con un gesto ampuloso, quería abarcar el panorama entero.

—Mire. Es novelista y tiene que basarse en realidades, las realidades que vea, no murmuraciones de gente medio analfabetas. Esta es la obra más valiosa de don Carlos, un sabio, en efecto. ¡Mire!

La vertiente de la loma que bajaba hacia la estepa contrastaba con todo el paisaje. Plagada de chopos y frutales, la vegetación parecía un himno a la vida, himno coreado por bandadas de pájaros. Era un cultivo de plantas silvestres, una reserva de animales no rentables, un pequeño paraíso.

—Asombroso.

—En esto invirtió la suma del Premio Nobel, sus ahorros y el grandioso esfuerzo de sus últimos años de trabajo. Compró este cerro y quiso convertirlo en ejemplo de restauración de la Naturaleza.

—Usted parece enterado, quizá pueda aclarármelo, ¿por qué le dieron el Premio Nobel?

—Fotosíntesis. Un ensayo genial sobre cómo las plantas convierten la energía solar en celulosa, en hierba. Los animales se alimentan de hierba transformándola en proteínas y nosotros nos alimentamos de proteínas en forma de chuletas. ¿va comprendiendo? El conocía mejor que nadie el ciclo vital en el que estamos encerrados y de ahí provenía su sentido de culpabilidad.

—¿Culpabilidad? ¿De qué era culpable?

—Del expolio a que sometemos a la Naturaleza.

—Hombre, no.

¿No la explotamos irracionalmente?

—Es posible.

—Pues de eso tenía miedo.

—¿Miedo? ¿Qué le podía pasar a él?

—Sufrir la venganza de la Naturaleza. Los medios naturales han pasado al contraataque, empiezan a vengarse del ser humano.

—¿Lo cree en serio?

—Quien tenga ojos en la cara puede verlo, no me diga que un observador tan perspicaz como usted no se ha dado cuenta.

Me ofendí estúpidamente.

—Bueno, ya está bien, permítame que calle mi opinión. Con su permiso voy a continuar.

—Abordé a uno con pinta de labriego. Estaba en la pista de algo original, diferente, y tenía miedo de no saberlo captar.

—¿Conocía a don Carlos?

—Anda éste, pues claro, era un famoso, un sabio, ahí es na.

—¿Cómo le conoció?

—Pues por poco si no me parte el alma. Acababa de cargarme un quebrantabichas y se puso como loco. Escasean

y los pagan bien, ya sabe, para chorradas, museos, pero él ya le digo, como un loco diciendo que si hay que proteger a los rapaces, los sabios llaman así al quebrantabichas, y desde entonces no nos dejó matar ninguno más.

—Luego estaba loco, ¿no?

Se interpuso el joven barbudo. Las palabras se le agolpaban, habló emocionado, nervioso, una frase como un torrente.

—Si matan los quebrantabichas las serpientes abundan y éstas se comen todas las ranas, entonces los grillos, sin su enemigo natural, no dejan un cultivo sano.

—¡Déjeme trabajar! Este hombre entiende de campo más que nosotros dos juntos, que dé su opinión.

—Por mí no discutan—dijo el campesino—; yo no digo que no estuviera algo loco, que sí lo estaba, pero la verdad es que desde entonces tenemos los cultivos con más presencia.

Terció un motorista, el que efectúa los recados de la tienda.

—Era más raro que tomar sopas con tenedor; no me dejaba pasar con la moto por su dichoso bosque, decía que el tubo de escape suelta veneno.

Se había arremolinado mucha gente. Todos querían hablar, se quitaban la palabra unos a otros con anécdotas contradictorias. Se impuso uno muy plantado.

—Yo soy el alcalde. Ha tenido que pasar por el pueblo, Lomapclada, ¿qué le parece?

—Típico... y muy limpio.

—Limpio, eso es, como que la transformación de las zonas rurales en depósitos de desechos simboliza en nuestros días el curso que sigue la civilización tecnológica; el hombre ha llegado a dominar de tal forma la Naturaleza que está en vías de matarla.

—Eso le ha salido así, de repente, o lo tenía preparado.

—Es una frase de don Carlos y lo que don Carlos dice va a misa. El Ayuntamiento procura seguir sus instrucciones.

—Y usted, por su cuenta, ¿qué dice?

—Que los depósitos de basura son un insulto al paisaje.

—Tampoco es mala frase.

El alcalde se esponjó, la acababa de leer en la enciclopedia ilustrada que coleccionaba por fascículos, pero esta vez se guardó mucho de revelar el origen de su dialéctica municipal. Me lo dijo otro día el secretario.

—¡Pregúnteme a mí! ¡Pregúnteme a mí!—insistían los chavales.

Estaba desconcertado, tenía que dar con la clave oculta que me abriera las puertas de la gran idea latente. Repasé el gentío que me rodeaba para elegir a la persona. La vi, pero separada del tumulto, llevaba corbata y una cartera bajo el brazo.

—Por favor, ¿podría decirme algo sobre don Carlos?

—Depende.

—Si hablaron alguna vez, la conversación, algún detalle que me aclare su personalidad.

—Mire, yo soy notario y me limito a dar fe de la última voluntad de mi cliente. Todos conocen ya el testamento de don Carlos.

—¿Pudo testar? Entonces no estaba loco.

—Tenía manías, pero su mente era de una lucidez implacable. Trabajaba en la consecución de un vergel, un grano de mostaza que convertiría al país en el bosque que dicen fue en otras épocas y que deja por herencia al que se sienta con fuerzas y se comprometa a continuar la labor.

El notario era un hombre importante, por eso la gente no había seguido alborotando a su alrededor y por eso tenía prisa. Cuando se fue aproveché la pausa para retirarme al porche trasero. Sentado a la sombra de la parra contemplé la isla de verdor en medio de la planicie. Un panorama de imposible porvenir en Lomapelada.

—¿En qué piensa?

Las palabras del joven de las barbas bíblicas me sorprendieron. No le había oído llegar.

—Se está bien, no me importaría pasar aquí el fin de semana.

—La soledad es un lujo, por eso está a gusto; es lo que los habitantes de la ciudad buscan los domingos, renovar el contacto con la Naturaleza o lo que queda de ella, cada vez es más difícil ese contacto.

—No es para tanto.

—¿No? ¿De dónde es usted?

—De San Sebastián.

—Pues recuerde el bochornoso espectáculo de la playa. No hay arena para todos.

—Usted tiene la virtud de ponerme nervioso. No es para tanto.

—Otro ejemplo. ¿Qué significan los animales domésticos? El mismo intento de establecer contacto para compensar la vida antinatural que arrastramos ¿Sabía que en este último lustro nos hemos cargado la cebra quagga, la cotorra de Carolina, el antílope azul...?

Estaba impresionado aunque no quería reconocerlo. Tras un prolongado silencio se me escapó en voz alta:

—¿Qué pensaría el bueno de don Carlos de sí mismo y de este trabajo sin posibilidad alguna de éxito?

El joven lo consideró un avance, me contestó con calma.

—Yo creo que se sentiría algo así como un justo al estilo de la leyenda judía, un chivo expiatorio de la humanidad, él cargaría con las culpas de todos y si no ponía remedio con su ciencia sería sacrificado dejando el lugar a otro.

—¿De ese sacrificio es de lo que tenía miedo?

—Sí.

—¿Y usted cree que puede haber otro chalado que se crea chivo expiatorio y continúe la redención del secano mundial?

—Sí, su heredero.

—¿Ah, sí? ¿Y ése quién es?

—Yo.

Sentí un escalofrío. El joven, a pesar de su aire bíblico parecía normal, un universitario en vacaciones. No tenía cara de piloto suicida, ni de predestinado, ni nada parecido.

Su figura, su gesto, su mirada, emanaban sinceridad y, sin embargo, me costaba trabajo creerle.

—¿Usted también se siente amenazado de muerte?

—Sí. Estoy en pleno campo de batalla y no confío en que me dé tiempo a remediar la situación; ahora bien, si la labor continúa algún día se restablecerá el equilibrio ecológico, o sea, la paz.

—¿Me habla en serio?

—¿Usted qué cree? Con la muerte no se bromea.

Lo increíble era que sí hablaba en serio.

—Para una paz primero tiene que haber una guerra, ¿dónde está?

—Lea la prensa. Intentamos acabar con la vida natural: una cisterna de amoníaco cae al Sella y no deja una trucha para contarle; el Torrey Canyon se rompe y el petróleo de su marea negra esteriliza la costa bretona; y la Naturaleza se ha cansado de nuestras hostilidades, pasa al contraataque, empieza a matar hombres de forma directa, ya no se conforma con la hectárea de terreno cultivable que el Indo arranca cada diez minutos, eso es una amenaza futura y el hombre no la entiende, mata con herramientas modernas, el accidente de automóvil, y con antiguas, la leyenda, por ejemplo, ayer mismo murieron en Calcuta doce personas al comerse un pez sagrado. Todo le sirve.

Un tema actual y ya agotado, pensé, la contaminación. Sin embargo, sí es verdad que hay algo amenazador y latente rodeándonos por momentos: en la superficie límite de la atmósfera se concentran partículas radioactivas sumándose inexorablemente para una lluvia final; los innumerables petroleros hundidos en la guerra oxidan sus chapas lentamente en espera de soltar el chorro esterilizador de sus millones de toneladas de petróleo; los plaguicidas se acumulan en el tejido adiposo y se van heredando a través de la placenta, acumulándose en sucesivos fetos en espera del nivel suficiente para la generación mongólica. La amenaza es cierta, pero de eso a pensar en una mano directriz que guía los accidentes...

—Todos los accidentes tienen una explicación.

—Sí, el profundo desequilibrio ecológico en que vivimos.

—De acuerdo, pero eso no justifica su idea del chivo expiatorio.

—No intento justificar nada.

—Mire, la idea de lucha, de venganza personal, se cae por la base con la muerte de don Carlos; la nota de la agencia indica que murió en la cama de una crisis cardíaca lógica a su edad, ¿dónde está la venganza?

—Si la muerte de don Carlos hubiera sido de otro estilo, digamos extraña, fantástica, ¿le hubiera convencido?

—Sí, puede que sí.

—Pues sépalo de una vez. Su presentimiento se cumplió con creces; estaba trabajando en el campo cuando la onda sónica de un reactor, a mil metros por segundo, le atravesó el corazón, se sintió herido de muerte y se fue a la cama. Murió instantes después. En el desierto le mató el ruido de la civilización y lo más curioso de todo es que por aquí nunca pasan aviones, puede comprobarlo si se queda, Lomapelada es una esquina fuera de todas las rutas aéreas.